

»¡Cómo, á nosotros es á quienes educa la razón ese cabezotro duro, ingenuo y caduco! Está lleno de quimera y lleno de visión. Como el alción y como el ruiseñor, canta durante la noche y corre á la tempestad. Esa alma vieja parece siempre dispuesta al combate; si fuera preciso, volvería á empezar el destierro. Es estúpido. Ven acá, buen hombre, sabe que hay dos infancias, y sabe, Argán, que se vuelve á ella; la una está cerca de la cuna, la otra cerca de la tumba. Las piedras, los silbidos, eso es lo que se te debe. No sin razón se te señala con el dedo y un rorro constituye tu alegría y tu cabeza blanca se inclina hacia los niños como hacia sus semejantes. A tu edad, demasiada juventud es caso grave; es bueno no ser muchacho cuando se es vejancón. No declamamos. Ve el fondo real de las cosas. Aceptamos los hechos sin buscar las causas, decimos la verdad crudamente: el hombre es completo cuando es el más fuerte. Se es rico, se recrea uno en ello; ¿no es esto una cosa sencillísima? Diógenes, rabiando de ver comer á Trimalción, le molesta. La política es el arte útil de escamondar. Cuando la savia desborda y superabunda en la primavera, un podón da cuenta de aquella vagabunda; cortar la rama inútil que perjudica al vecino está bien hecho; ¿un jardinero es un asesino? Estando el árbol recargado de un follaje inútil y feroz, se le salva cuando se le mutila. ¿Quién está, pues, de más? ¿Nosotros, gente de ingenio que brillamos? No, sino los que no tienen razón de ser, los camastros, los girones, las miserias, los mehdigos, los que tú recomiendas, modrego, y los muertos de hambre son las ramas golosas.

»El hombre de estado real, toma su tiempo; éste, diestro, sabe ser Monk, y fuerte, ser Sylá. ¡Cómo! ¡Tu edad ignora y la nuestra te enseña! El pueblo es un

calenturiento que á veces es preciso sangrar; el hombre hábil y grande entre los soberanos es el que le ata sobre los riñones una camisa de fuerza; el pueblo, que es nuestro pegaso, es nuestro borrico.

»Sin duda es necesario saber usar de retórica, jurar que se es del siglo y que se respetará la libertad, los derechos del hombre, etc.; esto suena bien. Pero toda alma un poco maliciosa acaba por apoyarse en la tropa de línea. Planes seguros y preparados en la sombra, se coronan con una matanza afortunada que se hace bendecir después. El escrúpulo empieza donde acaba la victoria. Tales son los tiempos, tales son los corazones, tal es la historia. ¿No te da vergüenza que te llamen inocente? Nosotros apreciamos, ten esto presente, al tres por ciento, un gran sable y Bismarck. Lo demás se desprecia.»

Sea; imberbes doctores, mofaos de mi barba gris, que, no obstante, no debería crear más que envidiosos: sí, es verdad, yo soy joven y vosotros sois viejos.

18 agosto 1874.

XXII

Oh, sus amigos de ayer, no de hoy, que él encuentre la prudencia buena para vosotros y que os apruebe, esto debe bastaros. Él dice: Renegad de mí, y sonríe. Prosigue su camino sin emoción; menester es que el corazón de los hombres se revele.

¿Creéis que para él, que permanece derecho cuando se está arrodillado, es cosa nueva hacer cara á los ton-

tos, á los furiosos, á vosotrós? Cuando Bonaparte era el amo de la tierra, ante aquel todopoderoso, él fué el solitario. ¿No son sus costumbres desafiar, luchar, sufrir? ¿No tiene el antiguo hábito de los clamores? ¿No ha visto pasar á sus piés y espumear las silbas desde la cumbre de una roca, en las nubes, durante veinte años? ¿Durante veinte años, el imperio, con la corona en la frente, no ha estado enseñando el puño á aquel hombre pensativo? Tenía la mirada extraviada de los antiguos profetas. Entonces, como hoy, era un loco. Así, pues, continuad. Adiós. Lo que prometió lo cumple ahora, y es demasiado fuerte, y es fiel, y es molesto. Renegad de él. Volveos por el lado de la injuria.—Todo debe acabar. ¿Es la vida una apuesta? La testarudez de uno solo es un reproche á todos. El deber de los leones es envejecer á los *boubons*; los vientos, después de echar los bofes, han deshinchado su odre. ¿Por qué se obstina ese hombre? Pasemos á otra cosa.

Está bien. Permanece solo. La sombra está ante sus pasos. Conoce el desierto y no se conmueve por ello. Se desvanecerá de nuevo en el abismo. Sea:

Pero cada vez que para cometer un crimen los enemigos públicos se hagan seña entre ellos; pueblo, cada vez que un hombre desastroso dirija contra tí alguna emboscada á su manera; cada vez que un ruido de cuchillo que se afila se mezcle siniestro al confuso tumulto de los negros acontecimientos semejantes á los bosques frondosos; cada vez que un barco parta para Cayena; cada vez que París, la población ciudadana, sea entregada al sable y la libertad sienta en su costado alguna punta infame; cada vez que pasos tortuosos y fúnebres se dirijan en las tinieblas hacia un fin obscuro, entonces, en la noche cobarde donde se

eclipsan las leyes, se oirá murmurar una voz lejana, se verá aparecer un fantasma de repente, y los hombres distraídos reconocerán tal vez por su tristeza á aquella sombra en el fondo del firmamento y á aquella conciencia por su rugido.

XXIII

¡Oh príncipes insensatos! ¡Cómo no tiemblan al abrir ellos mismos la puerta á las cóleras de abajo, al dar algo á la multitud para que lo rompa, al hacer bambolear con sus manos la casa que se desmorona, y al llamar en auxilio de sus iniquidades, de su poder caduco, de sus leyes amenazadas al sombrío aldeano lleno de pensamientos lúgubres! Han podido, sin palidecer, ver salir de sus sitios profundos, á su loca voz, de las casas ruinosas, de los bosques, para esparramarse deprisa, á lo lejos, sobre escombros, el negro hormiguelo de las sombrías multitudes.

¡Oh príncipes insensatos! ¡Dios justo, enséñales tu ley, su objeto sagrado, tu justicia!

¡Ah! ¡Desdicha! ¡Desdicha en los lugarejos y desdicha en las ciudades, cuando entre nuestros debates y nuestras luchas civiles, entre nuestras pasiones, vemos, oh terror, aparecer de pronto la guadaña del segador, que, terrible y fatal para todos, tantos como somos, deja los campos de trigo y va á segar los hombres!

¡Espantable miés! ¡Calamidades! ¡Crímenes!

¡Dalla de donde debieran salir ¡ay! la gavilla de oro, la abundancia y la paz y de donde sale el estrago! ¡Instrumento rústico y santo! ¡Arma horrible y salvaje! ¡Oh medialuna de donde brota un ancho y sombrío relámpago, guadaña símbolo del tiempo, de la muerte, del infierno, de todo brazo que siega, servidora implacable! ¡Dios! ¿Cómo no se han estremecido de espanto esos reyes, cuando han visto de pronto, en medio de ellos, su resplandor formidable y repulsivo?

¿Cómo el ministro y el príncipe no han tenido algún deslumbramiento por tu siniestra claridad, y no han entrevisto tu camino en la sombra: hoy los señores, mañana las coronas?

XXIV

EL POETA TOMA LA PALABRA

En este mundo, donde sopla un viento terrible sobre el hombre y el destino, sobre el grano y la criba, y sobre los insensatos entregados á los furiosos, tengo por musa una sombría diosa de seria mirada, que, fulgor que atraviesa la visionaria sombra, vaga por la nube y, como el trueno, siente no se sabe qué deseo de castigar. Porque es justa.

¡Y qué! Ahí está la pila del agua bendita: la monstruosa maldición sobrenada en ella; ahí están lo verdadero, lo falso, cambiando de personaje, el mal alegre; ahí están los peores, que son reyes, los demonios en el trono y los dioses en la cruz; ahí están los teudeum, mozos de á pie de la batalla; ahí está el asesino absuelto, si es de talla y volviéndose virtuoso por su enormidad; ahí está la espantable y doble desnudez

temblando aterida bajo la choza ó riendo en la orgía; ahí está la llaga extendida en el costado de la tierra, el destierro, el duelo, los llantos, los héroes, los carniceros, y reflejos de hoguera sobre el paraíso; ahí está la sacristía y ahí está la mezquita; ahí está en la selva la verdad acorralada á la cual muerden ladrando todos los perros, los apetitos; ahí está todo el cúmulo del mal sobre los pequeños; ahí está en todas partes lo atroz enjendrado por lo inmundo... y os admiráis de que en lo alto riña una voz, y que á veces en la sombra se vea en el fondo de los cielos salir un pálido relámpago de un verso misterioso.

26 agosto 1874.

XXV

GRANDES OREJAS

¡Es un bello atributo la largura de la oreja! La oreja larga, en el fondo de la obscuridad, oscila, vigila, piensa y se tiende á la larga, se endereza enteramente, oye mal, comprende poco, se espanta, tiene gusto, se estremece al menor soplo agitando las enramadas, se complace en los salones con las cosas mal rimadas, se conmueve por los tiranos en cuanto cae uno, huye del poeta, teme el ingenio, odia al tribuno. ¡Tened esa hermosura, señores! La oreja grande se empareja con el cráneo altivo y pequeño; estar adornado con ella es casi tener diploma; uno es la frente frondosa sobre la que cae el pesado birrete; se tiene la autoridad de la ignorancia enorme; se dice:—Shakespeare es hueco, Dante no tiene más que forma. La Revolución es un faro engañoso que conduce al pre-

cipicio; es útil tener miedo.—Del espanto que ya no se tiene se hace la cólera; para glorificar el orden se mezcla á agua clara frases que tienen el vago sabor de la sangre. Desde que el progreso camina, se reclama un salvador; se venera á Haynau, Boileau, el Estado, la Iglesia y la férula; y así es como los Suins, los Dupins, los Cousins, los Parieux, los Nisards realizan el ideal de un hombre serio, y como se tiene el honor de ser un burgués auténtico, asno en literatura y liebre en política.

24 mayo 1872.

XXVI

En ciertos momentos, el hombre justo es irrisorio. Todos los arqueros burlones toman el honor por blanco; las cosas y las palabras cambian de significado; se es Barbés, Garibaldi, Baudin,—leed: bendito (1); Cautón es el Sosie augusto de Jocrisse; prudencia y dignidad se llaman avaricia; todo es desfigurado, calumniado, ennegrecido; una frente de virgen no es más que una máscara que ha salido bien.—¡Que os llamáis puro!, entonces me creéis bestia. ¿Cuál es vuestro motivo secreto para ser honrado?—El bien sospechoso confina con el mal; no hay virtud que no provenga de un vicio inmundo que se tuvo. ¡Oh si aquel que fué llevado á casa de Pilatos ensangrentado, cubierta de espinas la cabeza y vestido de escarlata, viviera, cómo se reprocharía, haciendo comentarios sobre ello, la Magdalena al Cristo y san Juan á Jesús! ¡Cómo se le llamaría sacrilego, profano, bellaco!

(1) En el texto *benét*.

¡Cómo se reiría de aquel dios montado en un asno! Porque se tiene tanto ingenio, que se es inepto; se dice: Monk es un paladín, Bayardo es un bandido. Un repugnante contrasentido falsea las almas viles. ¡Oh grandezas de los tiempos antiguos, dejadnos ya en paz! La derrota, la orgía y el miedo son nuestras hermanas; á los llamados héroes, les llamamos *fin-gidos* (1); los invencibles van seguidos por los incurables. Se oye decir á un juglar:—¡oh tiempos miserables!—que el honor es nada, que la gloria es cero, y que odia al mártir tanto como al verdugo. ¡Qué! ¡Régulo! ¡Qué! ¡d'Assas! ¡Virtudes tan altas, abnegaciones tales, son para desternillarse de risa!

Oidles hablar:—Digó, y me desternillo de risa, que Sócrates, en el fondo, tiene todas las equivocaciones. Vivir bien y tener el vestíbulo lleno de lacayos, vale más que ser Horacio ó Trasíbulo; prefiero, á despecho del rimador Dante, á Trimalción cenando que á Trasea muriendo; contemplo á Aristides con despreocupación; siento más mi estómago que mi conciencia; no tengo el menor empeño en brillar, y más que una grande hazaña prefiero un buen almuerzo. Tengamos, pues, el buen sentido de ser lo que somos, enanos; librémonos del peso de los grandes hombres. ¡Abajo toda esa gente! El orgullo les ahogaba; vuestro Leónidas quiere hacer efecto; ¿qué es Winckelried?, un estúpido inefable. En cuanto á Guillermo Tell, señores, es una fábula. El león que comió á Calistenes, hizo bien. ¡Hoche, Marceau, Kléber! Lo mismo me da Galifet. ¡Vivan los que siempre se plegaron y doblaron!

Y sabios, salidos de Liliput, desgarran toda la

(1) *Póseurs*, el que toma una posición ó modales ó aires determinados: de *pose*, posición ó actitud.

historia antigua, donde lucieron aquellos grandes nombres. Hay quien se siente insultado por la gloria de los demás. Se excusa á Anito y se comprende á Zoilo. Lo verdadero, lo falso, esto se juega á cara ó cruz; se insinúa un vago canto en honor del tigre; ¿se está seguro de que Nerón, después de todo, fué malvado? El ave de corral festeja al ave de rapiña. Se es abominable y estúpido con alegría; decrecer gusta; es dulce y bueno ser pequeño; la multitud, teniendo el apetito por amor, teme el contagio de las almas magnánimas. Engaño y deber vienen á ser sinónimos; la infamia es útil y la probidad perjudica.

Y así es como haciendo burla se entra en la noche, ¡oh dolor!, y como se ve borrarse en el solsticio todos esos astros, el derecho, el ideal, la justicia; así es como abdica nuestra alma y como un pueblo es lentamente presa de la vergüenza; así es como se es monstruo después que se fué arcángel, como la Roma de Emilio y de Graco se cambia por la Roma de Ignacio, y como el gran París cae desde más que Esparta á menos que Sibaris.

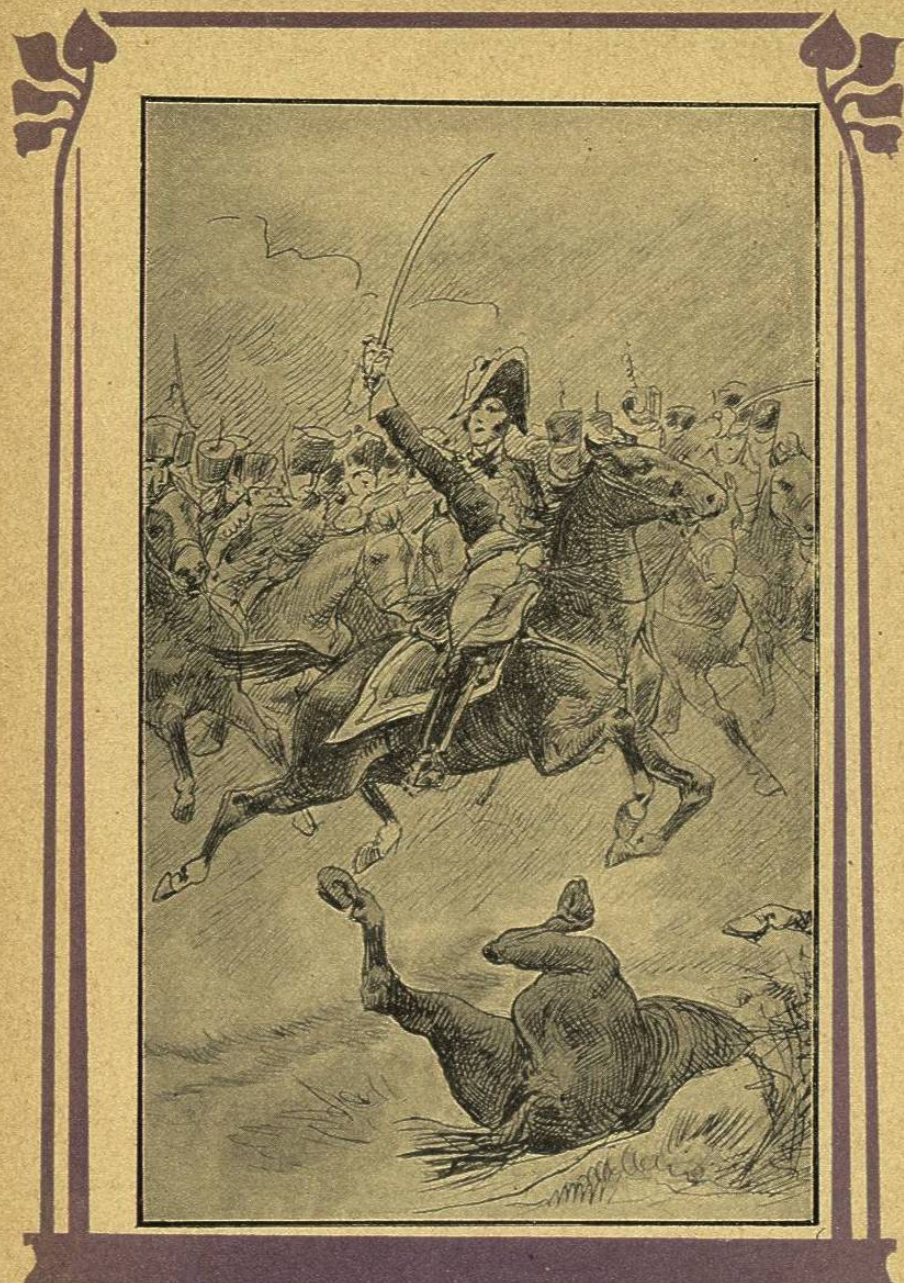
16 agosto 1873. Auteuil.

XXVII

Á TODOS VOSOTROS

No os oculto que pienso en nuestros padres.

Duros con el tigre, ponían el pie sobre las víboras, afrontaban la garra, desafiaban los venenos, y no temían más á gigantes que á los enanos. Eran confiados,



tenían grandes pensamientos, y por toda la Europa, por encima de las mentiras, de los crímenes, de los errores, hacían flotar sin descanso esos altivos trapos que se llaman banderas. Cuando los reyes acudían hacia nosotros con las gargantas abiertas; cuando fiero, horrible, esparcido por nuestras verdes campiñas, llegaba algún ejército, allí estaban ellos. Con frecuencia disiparon, como una nube al viento, los reyes de corazón de bronce, poco antes tan soberbios, que las flores que ponían en su sombrero de guerra aún no habían tenido tiempo de marchitarse.

Yo sé que el hombre fuerte no debe maravillarse y que es de buen gusto mandar bocanadas de cigarro á la historia, á las tumbas, á los trofeos. Beber su vino, vale más que derramar su sangre. Yo sé que el desdén sienta bien á los corazones de ahora, y que gentes de ingenio y de buen sentido á las que embriaga este fin sublime, reír y digerir, vivir bien, son grandes ciertamente, y no tienen la extravagancia pueril de venerar á los ancianos que buscaban el peligro. Las jóvenes tienen derechos, sin duda, lo declaro; es dulce contemplar en su garganta y en su mejilla las rosas y los lirios y los polvos de arroz. ¿Qué tenor tendremos este año en París? ¿Hay que vestir á su bella y tapizar su alcoba de damasco rosa ó de satén malva? Cuando pasa, deslumbradora y hecha para amar, una mujer de frente pura y encantadora, á informarse de si aquel ángel está por vender y por cuánto se compra; á orar en casa de Dupanloup y á cenar en casa de Vachette; creer y gozar; frecuentar á los miembros del Senado; esperar, con la espalda al fuego, la sonrisa encarnada de la aurora, sentados á la mesa de la casa de juego, mientras nuestros cocheros duermen encima de nuestras carrozas; dormir, bostezar, hacer burla, ignorar; ser así es hermoso, lo repito; y tam-

bién comprendo que se evite á un abuelo como se huye de una reprensión, y que se sea elegante, y que no se lleve en el bolsillo, mientras otros van con los piés descalzos por las calles, más que oro lavado en agua de colonia. No soy ingrato para el aire, que respiró hasta el punto de no sentir en él el perfume del imperio, y el Napoleón III ha hecho nuestros corazones tal como son, graciosos, nada fanfarrones, burlones; siempre las Sibaris han escarnecido á las Romas; está bien.

Pero no es menos cierto que aquellos hombres de otros tiempos, poco frotados por los jabones de Guerlain, entraron en Moscou, en Viena y en Berlín; que castigaban á los reyes con sus maneras brutales; que eran familiares con las capitales; que se complacían á veces en extraños asaltos; que su caballería atacaba á barcos, los tomaba y entraba al abordaje en las flotas; que cada uno de ellos, anciano, niño, se sentía con edad y humor de servir á Francia, y que en Valmy, en Jemmape, en Fleurus, perseguían al enemigo á hachazos, á sablazos, á lanzadas; que se veía salir de la ambulancia á más de uno, y como el alción vuelve al Océano, volver al combate, sin fijarse en la herida todavía abierta, que supuraba; que comían pan duro y bebían agua pura; que iban, andaban, y nunca encontraban los precipicios demasiado profundos, ni las cumbres demasiado altas; que eran fraternales con las razas huérfanas; y que decían:—¿Qué son los Alpes?, colinas. Llevar la artillería en brazos á las alturas es sencillo y el paso es cómodo.—¡Los embusteros! No es menos cierto que aquellos hombres reían de todo lo que nos hace temblar y que deshicieron lo que hicieron veinte siglos negros y tristes; que batieron á Brunswick, Cobourg, Mélas, Clairfait; que daban como espectáculo á nuestra rubia infancia el sober-

bio desvanecimiento del viejo mundo, entre los cuales la justicia estaba á sus anchas; que apuntaban el cañón sobre el pasado repugnante, que no tenían sacos de plata ni oro en pilas, pero que hacían á Argona igual á las Termópilas, que atravesaban el Rin, del que nosotros nos alejamos, y que no eran compañeros pequeños.

7 septiembre 1873.

FIN DE LA OBRA